

## «YO CUESTO CUATRO MILLONES DE FRANCOS»

En mis etnias —soy medio ndowé, medio bisio, medio fang; una mezcla de tres... ¡si es que lo tengo todo!—, una mujer no es considerada como tal hasta que da a luz. Si perteneciera a una sola etnia guineoecuatorial, no sé, quizás la presión procedería de un solo grupo. Pero es que vengo de tres. A los dieciocho años ya estaba casada. Sí. Aquí, en Bata. Casada legalmente.

Mi madre y la abuela me recordaban desde pequeña que había nacido para mantener económicamente a la familia. Que los hombres ricos me iban a querer y que de ellos viviríamos porque «eres la más guapa de todas mis hijas. Tienes un corazón grande, de buena persona. Tú eres la familia». La abuela y mamá lo decían siempre.

A los dieciséis años mi familia empezó a quejarse de mis acompañantes: todas niñas de mi edad y ningún niño. Mamá me regañaba por no mirar a los niños con aprecio, solo a las niñas. La verdad, no sabía a qué se refería. Mis amigas que también hacían

## Yo no quería ser madre

el amor con otras niñas me aconsejaron que llevara a un amigo a casa. A mi madre y a mi abuela les gustó. Pronto llegó otra queja: el chico no dormía en casa.

El chico y yo acordamos que vendría a dormir conmigo de vez en cuando. Éramos amigxs. En el colegio estábamos siempre juntxs. Le ayudaba a acercarse a las chicas, mis amigas. De noche, el día que se quedó a dormir en casa, me metió la lengua; luego el pene. No pude defenderme. Había cumplido veinte años y tenía más fuerza física que yo.

En la noche tampoco pude gritar. Mi habitación quedaba al lado de la de mi madre y cerca de la recámara de la abuela. ¿Cómo iba a gritar? La gente decía que, cuando tu novio te tocaba, te gustaba, no te molestabas. Para eso se llamaba novio. Si éramos novios, no entenderían por qué me molestaba que me metiera cosas. Hasta entonces, en mi vagina solo habían entrado los dedos y las lenguas de otras niñas, nunca un pene.

Me callé. La familia ya hablaba. Se quejaba de que yo no tenía un chico que trajera dinero a casa a pesar de ser muy guapa. No quería agravar las cosas gritando que me dolía en la noche.

Y me dolía. Lo gritaban mis manos, mi cabeza, mi corazón mientras él se colocaba sobre mí. Fue mi primera vez con un hombre. Me dolió mucho. Al día siguiente caminaba con dolores en la vagina. Fue una vez y embarazo. Quise abortar tomando agua fuerte y lejía.

Mamá me descubrió con el aguafuerte y la lejía en las manos. Prometió que iba a cuidar al bebé. Yo la creí. Mis amigas me aconsejaron que no creyera en mi madre.

Mi madre aseguró que un primer embarazo era sagrado, que no se abortaba porque me podía morir o quedarme estéril para siempre. Y continuó: «Una mujer sin hijxs no es una mujer. Una mujer sin hijxs es una mala mujer. Nosotras no somos

como las blancas que se mueren sin parir, desobedeciendo a Dios». Di a luz por cesárea. Tengo cuatro hijxs y todxs mediante intervenciones quirúrgicas.

El acuerdo con mi amigo se rompió; nuestra amistad también. Me falló. Le odié mucho. Al principio mi madre y mi abuela se encargaron del cuidado de mi primer niño; se pusieron muy contentas. Ahora lo entiendo todo: la alegría se basaba en la primera vez que me descubrieron haciendo el amor con una chica. Me pegaron; a ella también, a mi compañera.

Mi abuela nunca me explicó por qué estaba mal hacer el amor con otra mujer. Solo dijo que lo que había hecho no estaba bien, que no se repitiera y que no se lo podía decir al abuelo, que me iba a matar.

Un año después del primer bebé, otro embarazo. Dejé la escuela en primaria, con quince años. Cuando dejé al padre de mi primer hijo, tenía que traer a otro hombre a casa para que dejaran de hablar. La abuela y mamá decían que una madre soltera es una vergüenza, una mala mujer y una mala madre que condena a lxs hijxs a ser bastardxs. Decidí probar con un chico, a ver: otro embarazo. En casa, todxs contentxs.

En aquel momento, después del primer embarazo, no me atrevía a estar con una chica abiertamente ni a escondidas. ¡Qué vergüenza sentía! Y a este chico, el padre del segundo bebé, no le traje a casa hasta que di a luz de manera prematura, a los siete meses. El chico me trataba bien. Yo le odiaba mucho. Con él concluí que a los hombres les iba a querer siempre como personas, pero en la cama no. En el hospital conoció este chico a mi madre. De repente, mi familia le tomó un cariño extraño. Estuvo el niño dos meses en la incubadora.

Con el segundo hijo vino el matrimonio. Mamá y la abuela decían que es de puta, de mala mujer y mala madre que una mu-

jer tuviera hijxs de padres distintos y sin marido. Que yo iba a traer a la familia costumbres indecentes, como las blancas de la cooperación española, todas solteras. Con la boda se arregló el problema.

Me fui a vivir con el papá del segundo niño. Con el tiempo aprendí a quererle por el dinero. Mamá me decía que de los hombres había que amar el dinero. Yo le amé así y cada vez le daba mucho más dinero a mi familia. Mamá lo adoraba.

El chico me daba todo lo que decían las mujeres que ofrecía un hombre: dinero, dinero, dinero. Con él nunca tuve un orgasmo, solo dinero, hasta que estando con él conocí a mi pareja actual. Es mujer y llevamos siete años conviviendo.

Tuve hijxs porque venían. Ahora sé que para mi familia era para que fuese mujer y dejase de ser lesbiana. Tengo veintisiete años y cuatro hijxs. No quiero ver a ningunx. Lxs odio. Lxs odio mucho. Los preservativos los odiaba. Madre me dijo que no me pareciera a las infértiles blancas, mujeres cuyos países fabricaron el preservativo. En el matrimonio seguía mi familia ayudando con lxs niñxs. Lxs podía ver. Ahora no lxs puedo ver. Me lxs han quitado. Tras mi último parto, sabes que es tradicional que se lleve a casa de la madre a la mujer recién parida. Un día que me fui a la casa de mi chico sin avisar le encontré con otra mujer en la cama en plena mamada. Me enfadé, pero no me dolió: en el fondo no me gustaba, no le quería. Y no volví a su casa.

Con mi pareja actual empezó todo bien (a escondidas, claro). Tuve mi primer orgasmo y se lo conté a mi hermana por confianza. Es mi hermana, no tenía cómo desahogarme. Ella se lo contó a mamá. Mamá me llevó a la policía. Delito: «Mi hija le ha contado a su hermana que ha tenido un orgasmo con una mujer».

¿Sabes? Nunca había tenido un orgasmo de nuevo. En la adolescencia andaba con niñas y los orgasmos estaban garantizados.

Luego a mi vida llegaron los tíos de manos de mis familiares: adiós a los orgasmos. Hasta que volví con una chica. Bueno, no te sabría decir; el sexo cuando eres muy pequeña es una cosa mecánica; de mayor se disfruta más. Es la experiencia que compartí con mi hermana, hablar con ella. Sabes, ¿no? Todo salió mal.

Recibí la llamada desde un número de teléfono fijo. Al contestar me di cuenta de que era un hombre. ¡Policía!, ¡Dios! El policía me dijo que había pedido que me llamara una amiga en apuros. Pronunció el nombre de mi mejor amiga —evidentemente, mi madre la conocía—, así que me fui corriendo. Ojalá no me hubiera ido. Al llegar a la sala de declaraciones de la Policía Central de Bata —año 2014—, vi a mi madre. Todo cambió. Explicué que mi pareja actual era mi amiga. No confesé. Amenazaron con zurrarme con cincuenta palos en el culo si no corroboraba la versión de mi madre.

Vino enseguida el comisario de policía. Se llamaba Lucas; nunca voy a olvidarme de su cara. Ordenó que me dejaran libre, que el Estado no se responsabilizaría de lo que pasara si me daban cincuenta porrazos en el trasero y que mi madre, si quería castigarme por mal comportamiento, que me llevara a casa. Sin embargo, cuando se marchó el comisario, me encarcelaron durante un mes. Entendí que en este país no hay ley ni respeto a la autoridad ni nada. Los subordinados se quejaron tras la marcha del comisario de que él, un hombre formado en España, había perdido el respeto a las costumbres de África. Mírame, observa la piel africana que tengo: soy negra y alguien ha decidido que yo no soy de aquí, de este continente.

Mi madre, antes de marcharse a casa dejándome encarcelada, ordenó que no me dejaran comer, beber, cagar. Estuve sola hasta que un guardia empezó a conquistarme desmintiendo las conclusiones de los compañeros. Decía que yo era muy guapa, educada,

formal y femenina, que no podía ser lesbiana. Gracias a él comía, bebía agua y dormía en un colchón.

Al salir de la cárcel, regresé a la casa de mi madre. Recogí al niño más pequeño para llevármelo. La familia vino en grupo para quitármelo; el encontronazo se produjo en una acera con todo el barrio de espectador. Hoy sé que pretendían que volviera a casa, y la estrategia, retener al niño. A este niño que me quise llevar por pena. Les dejé con él. Me fui con mi pareja.

La verdad, no sé, por estxs hijxs no haría nada que me costara la vida. En esos momentos ya fumaba, claro. Fumaba mucho desde los doce. Me gusta el tabaco. Me gusta fumar. Sigo fumando, al menos un paquete al día.

Yo no quería ser madre. Recuerdo mi recuperación después del primer parto por cesárea. Me trajeron al bebé y le llamaban «precioso». Yo me quería morir: ¿le llamaban «precioso» a algo tan feo? Pedí que se llevaran eso fuera de mi vista. No lo quería ver. Casi me muero en la sala de operaciones por un bebé que no quería. No le quería tocar ni darle pecho. Le vi como a un extraño.

El segundo bebé, ¡vaya por Dios!, lo tuve tras un desmayo. El que fue mi marido y padre de los tres hijxs siguientes vino a casa y me pidió sexo. Yo no sé, los penes no me gustan. Después de un forcejeo más —lo mal que me sentaba este chico—, llegó el parto. Mi madre le dijo que tuviera paciencia, porque las hormonas del embarazo me confundían. No eran las hormonas, era el odio.

Me llevaron al hospital. Estuve dos semanas en la unidad de cuidados intensivos. Después de recuperarme, los médicos se olvidaron el algodón en mi vientre y, creo que dijeron, unas tijeras. Tercera operación: había que quitar lo que los médicos se olvidaron. Fue una intervención quirúrgica sin anestesia: no quedaba anestesia en la ciudad de Bata. Los médicos me decían que, si quería vivir, no apretara la piel del vientre.

Me daba igual si vivía o moría. No quería vivir; de hecho, apretaba el vientre. Y no sé por qué no fallecí en la sala de operaciones.

Mira mi vientre. Hoy no puedo con mi vida, me sigue doliendo todo a veces. Los partos, mis partos, no los quiero; casi me cuestan la vida.

Mi madre se cansó de mí, de decirme que volviera con mi marido y que dejara de andar con una mujer. La estrategia siguiente fue demandar a mi pareja ante Asuntos Sociales e Igualdad de Género de la Provincia del Litoral. La decisión final de estas mujeres fue un desastre.

Las directivas de Asuntos Sociales... incultas todas. Ninguna hablaba un español coherente. Yo seré callejera, sabes, ¿no?, pero conozco la calle. He sido clienta de hombres con clase que te llevan a lugares importantes. Aprendes modales con ellos. Yo aprendí. En Asuntos Sociales están las mujeres más tontas de este país, te lo aseguro. Llevas un asunto y no saben ni por dónde agarrarse. A mi chica la acusaron de rapto a menores. Yo tenía más de dieciocho años entonces. Y, sin documento administrativo, un escrito, decidieron que mi madre se llevara a lxs niñxs porque a mi lado corrían dos peligros: conversión a la homosexualidad y mala educación. Zanjaron el asunto con eso de que yo, por ser homosexual, no estaba capacitada para educar a mis hijxs. Como lo oyes.

La custodia de mis hijxs me la quitó el Ministerio de Asuntos Sociales, mediante la delegada provincial de Bata, alegando que yo les iba a contagiar mi mal espíritu lésbico, mi brujería y costumbres poco africanas. Todo sin escribir en ningún papel. Los grandes hombres con los que me acuesto suelen decir que «la Administración es papel, no es verbal».

## Yo no quería ser madre

Antes de Asuntos Sociales, habíamos pasado por el juzgado. La jueza le dijo a mi madre que no era delito ser lesbiana, pero que tampoco estaba admitido; por eso se marchó conmigo tomada de las trenzas hasta Asuntos Sociales, el ministerio de la tontería que no respeta las normas y obedece la tradición.

Ella, la mujer que me parió, llama a mi pareja «marido de mi hija»; desde que la conoció no tiene nombre. La acusaba también de adulterio, porque yo estaba casada.

Yo no volvería a ser madre, pero, si decidiera serlo, mi pareja, que dice que hace de hombre en nuestra relación, no se embarazaría. Ella dice que los hombres no se embarazan.

Aquí, en Guinea, las parejas homosexuales se componen de dos figuras: la hombre y la mujer. No lo entiendo. No es lo que veo en la televisión. Y, si haces el papel de mujer —como yo— en una relación, tu pareja te carga los hijxs que la han obligado a parir. Eres la madre; ella hace de padre, padre que solo ellas mismas entienden.

Desde que en 2013-2014 me quitaran a mis bebés, no lxs puedo llevar a ningún sitio. Mi madre dice que tengo un mal espíritu, que soy una mala mujer y una mala madre, que ya me parezco a las mujeres de la cooperación española, que andan libres por la vida olvidándose de los deberes naturales de una buena mujer.

Muchas familias como la mía, a las chicas lesbianas que no se nos nota físicamente la homosexualidad, que no somos masculinas, no nos aceptan. Les duele; ya han perdido la oportunidad de vivir de los hombres que se iban a acostar con nosotras a cambio de dinero, porque de una chica guineana se espera que los hombres traigan dinero. Y, de repente, no obedeces y sales con eso: olvídate del amor familiar. Te amargan la vida y solamente se callan si la lesbiana que anda contigo tiene dinero. Entonces te secuestran a lxs niñxs.

A través de lxs niñxs te podrán humillar. Por lxs niñxs tendrás que volver. Te exigirán que lxs mantengas; si no lo haces, entonces eres una mala madre.

Yo hacía la calle. Era buena haciendo la calle. Desde la adolescencia, ya estaba en la calle. Traía dinero a casa, mucho dinero. Mamá y la abuela me decían: «Nuestra hija guapa». El abuelo se callaba. Yo fumaba y ganaba dinero. Follaba y fumaba mucho. Y ganaba dinero por mil, ¿entiendes? Mi familia estaba contenta. Hoy me amarga la vida porque lo he dejado a medias.

Mi familia y yo estamos unidas por el dinero de mi pareja y de la calle que sigo haciendo. Soy como el cordón umbilical que lxs une a mi vagina, de la que esperaron dinero toda la vida. Me llaman por todo: falta comida en el congelador, falta arroz, falta... Falta de todo. Sacan dinero de mí, de mi pareja, de mis clientes. Es un chantaje constante.

Hace tres meses mi madre vino a casa y le dijo a mi pareja que ya me daba por perdida, pero que al menos le pagara un dinero a cambio de mí: cuatro millones de francos, seis mil euros. Pensé que entonces nos dejaría a lxs niñxs. Respondió que no. No, porque mis niñxs representaban lo único sano que le quedaba de mí; yo, contaminada de lesbianismo, que me olvidara de que tenía una madre. Desde que estamos juntas, nunca hemos sido felices mi novia y yo. Mi familia no nos deja, la suya tampoco. Mi madre, cada vez que se acerca a nosotras, solicita dinero. Ella quiere dinero para algún plan de negocios o alguna cosa, lo sé.

Desde pequeña, soy la puta de la familia. Soy guapa, la inversión; de hecho, me prohibieron casarme con eso de que «osé mina moluk», 'no soy mujer para matrimonios'. Debo pasar la vida estando con hombres que mantienen a mis familiares. Si ahora estoy con una lesbiana, debe sustituir a los hombres que tenían que mantener a la familia. Cuatro millones mi vida, mi cabeza. Soy una puta; así como vivo viven las putas. Desde pequeña.



## **«YO TENÍA QUE HABER NACIDO HOMBRE PARA SER FELIZ»**

Mi familia se llevó a mi hijo cuando cumplió cuatro años. Entonces ya convivíamos mi pareja y yo. Nadie de mi familia sabía que salgo con mujeres. Lxs niñxs... hablan mucho. Entiendes, ¿no? Mi hijo lo contó.

Mi hijo, cuando hablaba de mí, contaba que en casa de su madre entran chicas que se visten como chicos y que una chica que se viste de chico comparte habitación con su madre.

Hace tres años que se lo llevaron. Es mi único hijo. Bueno, tuve otros dos que se murieron. A mi niño lo cría ahora mi tía; es la primera que se lo llevó. Luego otra hermana, más tarde mi madre...; pasa de mano en mano como si yo, su madre, estuviera muerta.

Mi hijo vive en Ebebiyín. No le puedo ver; no me dejan. Todas las informaciones que llegan me hacen llorar. «Tu hijo está mal cuidado, sucio, hambriento. No asiste al colegio con regularidad».

No sé si engañarme para estar bien y pensar que mi hijo, que tuve en la pubertad sin saber dónde estaban mi vagina, mis manos, mis pies, un orgasmo y que nunca se había separado de mí, se encuentra bien. Sinceramente, tener un bebé a la edad que lo hice fue un error. Un error muy grave. No lo planifiqué. Y le fui queriendo poco a poco. Antes no.

Una mañana, mientras yo dormía, se lo llevaron en forma de raptó. Vi de espaldas a mi familia llevándose lo. En la calle empezamos a discutir y a forcejear por mi bebé. «¿No te da vergüenza acostarte con una mujer como tú? Estás haciendo cosas sucias. El niño no puede crecer en un lugar tan hostil. Es un niño de la tribu, no tuyo».

Yo vivo sola con mi pareja. Mi familia no me visita desde que estoy saliendo abiertamente con una mujer. Me quitaron a mi hijo. Me lo quitaron todo.

Mi familia dice que el niño no debe ver las cosas sucias y brujas que hago —acostarme con mujeres—, que debería darme vergüenza. Para mi madre las lesbianas pertenecemos a una secta diabólica. Yo trabajo; vendo en un bar, mi negocio. Cuando vienen las lesbianas, el vecindario se enfada y empieza a decir que «ya han llegado los miembros de su secta diabólica».

Las otras personas que rentan bares al lado, cuando les apetece hablar, enumeran mis defectos. Desvergonzada por andar con mujeres y no con hombres. Poco atractiva porque ando con una mujer; los hombres ya no me quieren por desgraciada. Estéril porque en la vida seré madre, ya que mi pareja no tiene pene, etc. Soy una desconocida para mi entorno. Me duele mucho que me llamen «estéril» siendo madre.

En mi barrio no debo levantar la cara, ni en los otros barrios en los que he vivido tengo relación con el vecindario. Si me ven pasar, me provocan. En voz alta, las familias les dicen a sus hijas

«Yo tenía que haber nacido hombre para ser feliz»

que no sean lesbianas. Aquí vivimos y tenemos un negocio mi pareja y yo. El otro día una chica entró aquí diciendo que conocía a mi pareja. Mentira. Tuvimos mucho cuidado, no hablamos con ella. Al final, ella, avergonzada, se puso a gritar: «¡Putas lesbianas!». Se marchó; nos quedamos observándola de espaldas.

La presidenta de la comisión de seguimiento del Partido Democrático de Guinea Ecuatorial y presidenta de la comunidad de vecinos vino aquí a amenazar con echarnos del barrio. «Malas personas, hechiceras, lesbianas»; ni se molestó en entrar al establecimiento y hablar como autoridad que se merece un respeto. Desde allí, mira, donde pasan los coches, en medio de la carretera, nos maldijo. La gente le dijo que tuviera cuidado de no ser atropellada. Contestó que le daba igual, ya que las carreteras las hizo su primo, el presidente de la república, aseguró ella.

La presidenta de la comisión de seguimiento del Partido Democrático de Guinea Ecuatorial y presidenta de la comunidad de vecinos se fue a la dueña del bar que alquilamos para obligarla a expulsarnos. La casera contestó que no la iba a obedecer por dos motivos. Primero, no nos metíamos en líos, peleas y agresiones, como los demás bares, ya que ella tiene una red de viviendas. Dos, que Guinea Ecuatorial estaba en crisis económica porque el Partido Democrático de Guinea Ecuatorial, del que ella es dirigente, no se había molestado en solucionarlo, así que no podía expulsar a dos personas que pagaban el alquiler con normalidad.

Y no solo la presidenta ha ido a la casera para que nos eche: el vecindario lo hace a diario. ¿Qué motivos alegan para sacarnos de aquí? Que pertenecemos a una secta diabólica y que tarde o temprano captaremos a alguna persona, la convertiremos al lesbianismo. Los maridos están preocupados.

Las niñas que en el barrio son lesbianas y que nunca han visto a personas como nosotras, vienen a escondidas solo para hablar.

Una vez un vecino vio a una estudiante de universidad entrando aquí; salió corriendo a decírselo a su familia. Su padre, desde la puerta de nuestro bar, advirtió de que no le inyectáramos el virus lésbico a su hija. Mi pareja no estaba. Yo me quedé observándole; estaba tenso, pegando gritos. Dijo que las lesbianas teníamos una inyección que, si se administraba, transmitía una enfermedad incurable.

El virus que, según la ciudad de Bata, transmitimos se contagia caminando con nosotras por la calle, compartiendo amistades, cerveza, hablando; de hecho, en este bar no entra el vecindario, nadie: nadie quiere contagiarse. Nuestrxs conocidxs son lxs que nos dan venta: homosexuales. El vecindario entra solo si están todos los bares cerrados. También compra aquí la dueña de las viviendas, su marido, lxs hijxs.

Cada vez que recuerdo a mi hijo, lloro. «Mamá, aún no he comido». A veces me llama y me cuenta que no se ha duchado, que quiere venir conmigo. Parece un huérfano.

Cuando termine el curso escolar, convocaré a mi familia para que me lo devuelva. Es mi hijo, nadie me lo puede quitar por el bien de la tribu. La tribu está por encima de las personas, del bienestar de mi hijo, de mis derechos como madre. ¿De quién fue la idea de las tribus? Necesito que me conteste alguien. Siempre que hablamos de mi hijo sale la frase «por el bien de la tribu»; ¿yo a qué tribu pertenezco entonces?

Mi madre me aconseja que deje de hacer tonterías y que vuelva a ser «normal», como antes, cuando convivía con mi marido. Ella llora cuando me habla. Dice que en Malabo —allí vive— no levanta cabeza, no puede reivindicar; todo el mundo la insulta: «mala madre», «madre de lesbianas», «madre de hijas brujas que se acuestan con otras mujeres».

«Yo tenía que haber nacido hombre para ser feliz»

Si en el barrio —cuenta ella— se entrega en matrimonio a una hija, no la invitan. Sabes que entre los fang es un orgullo casarse; una mujer fang casada es digna, es auténtica. Pero yo, su hija homosexual, nunca me casaré con hombres. Mi madre nunca se sentirá orgullosa de mí; eso la mata.

Una vez asistí al matrimonio de una prima, en la aldea. En público, cuando todo el mundo la fue a saludar, me negó el saludo y en voz alta me reprochó que había traído la vergüenza a la familia. Si no me morí de vergüenza aquel día, ya no me voy a morir.

La familia es extensa. Hay personas que simplemente se callan; es la familia lejana. Te lo aseguro: la familia cercana me tiene la vida amargada. Los consejos que ofrecen tienen una sola dirección: que la gente ya habla de mí, que ya tengo mala fama, que avergüenzo a la tribu. Papá no habla. Solo me mira y se calla. Me da miedo su silencio. Nadie me ha preguntado si soy feliz. Nunca.

La mirada de mi padre y el abandono de la familia me han hecho reflexionar. A veces me digo: «Tengo que dejar esto»; además, no soy feliz. Es bueno sufrir por algo que te aporta beneficio. Mi pareja no me respeta. Yo soy la mujer en la relación. No soy lesbiana. Nunca sentí atracción hacia otras mujeres de pequeña. Fue conocer a esta y enamorarme. Surgió así.

Ella, mi pareja, dice que es hombre, es *transsexual*. Así como un hombre heterosexual maltrata a su esposa, los trans te hacen lo mismo. Tienen el mundo homosexual dividido en hombres y mujeres. La idea que tienen de las mujeres es de obediencia. Me duele mucho esta realidad.

Por ejemplo, ella con sus colegas habla de exnovias, de aventuras sexuales, lo mismo que dos hombres guineanos. A veces me arrepiento de haber abandonado al hombre con el que me encontró. Con él era libre, no me maltrataba; él me quería. La que salía mucho y de noche era yo; nunca le vi con

otras. Con mi pareja actual no soy feliz, pero cómo dejarlo... Tengo enfrentada a toda la familia.

Los hombres heterosexuales valoran a la mujer. Te dan un lugar. Las mujeres que dicen ser hombres te hacen unas cosas que te recuerdan en todo momento que eres una mujer y que una mujer no vale nada. No puedes decir que «me molesta esto o lo otro», no; tiene que ser quien manda. Todo lo que me molesta lo considera «cosas de mujeres», y cuando dice eso es que me desprecia.

Si sus amantes o examantes me maltratan, justifica que los celos son «cosas de mujeres». Las conversaciones con sus iguales son: «Hemos visto a tu examante en tal sitio». Los transexuales no tienen programa de vida. Son polígamos en la práctica y creen que así son hombres.

Y luego, cuando sales con una de ellas, no se quieren embarazar. Alegan que no son mujeres. Y, si te quedas embarazada por mutuo acuerdo, que te vas con un hombre, el bebé es de las dos. Pero, cuando termina la relación, te abandona igual que el hombre heterosexual. Ya sabes que el hombre guineano se acuerda de que tiene hijxs cuando todavía se acuesta con la madre. Después de la separación, abandona a la madre con lxs niñxs y se busca otra mujer. Entonces lxs hijxs que encuentra a la otra mujer criando y lxs que tiene con ella se convierten en su preocupación; lo que ha dejado atrás, nada.

En el caso de ellas, no solo te abandonan: te recuerdan que no tienen pene, que no son hombres para aportar un espermatozoide, te dejan. «Te fuiste haciendo de puta en la calle y trajiste un bebé», repiten. Si te encuentran con un bebé, no les importa; te dicen que les des uno nuevo. Que te vayas a buscar a los hombres guineanos, que tienen espermatozoides pero que tampoco conocen la labor del padre, porque el padre de mi hijo no sé si sabe lo que es darle un beso a su bebé.

«Yo tenía que haber nacido hombre para ser feliz»

Yo, cuando mi pareja habla así, le suelo preguntar si no tiene dos ya, porque ella tiene dos hijxs. Le respondo que ya tiene dos y que, si se anima, también tiene vagina, como yo. Entonces se enfada y dice que tiene vagina en su cuerpo, no en su cabeza.

Las mujeres que hacen de mujeres en una relación homosexual sufren. En la cama, cuando estoy con ella, veo que hacemos las mismas cosas. Sin embargo, cuando se encuentran *las hombres* y hablan de nosotras, las que hacemos de mujeres en las relaciones homosexuales, parece que nos hacen un favor. Te humillan. Dan la impresión de que en la cama no sienten nada.

¿Has visto a los hombres heterosexuales sentados juntos? Si no los has visto y oído, no sabes nada de la vida. Los varones heterosexuales tienen un cuaderno en el que apuntan la lista de mujeres que se han follado. Allí mismo definen quién es la puta, quién es la mujer digna. Lo mismo hacen ellas. Hablan de nosotras como de prostitutas.

Qué recuerdos de mi convivencia con los hombres. No sé de qué me ha servido el cambio de estar con hombres a estar con mujeres. Yo buscaba una compañera, no una mujer con vagina, tetas e ideas de hombre en la cabeza. Desprecian parte de lo que son, en el fondo. Se pasan la vida de mujer en mujer y no son putas. Las putas somos nosotras, las que hacemos de mujeres.

A mí me discriminan por ser mujer. Yo no tengo apariencia de lesbiana, según las definiciones guineanas. Al menos en el caso de ellas, las masculinas, las familias saben que son así desde pequeñas. Nosotras, las que somos femeninas, sufrimos el doble: de repente, la familia y la sociedad te ven saliendo con otra mujer, vienen a por ti. Las que son masculinas no entienden las razones de la familia, te dan la espalda. Sufres dos veces el abandono: de tu pareja, que no te entiende, y de la familia. Te vienes a la casa con ella, problemas; te vas con tu familia, problemas; te vas a la calle, problemas.

## Yo no quería ser madre

Tengo problemas en todas partes. No sé cómo regresar con los heterosexuales. A los hombres guineanos les avergüenza estar con una lesbiana. Yo no soy lesbiana, soy bisexual; en Guinea no se sabe diferenciar. Dicen que no se pueden casar con mujeres que se han dejado penetrar con los dedos de una mujer en el lugar que Dios dejó para el pene de los hombres, la vagina.

Los transexuales salen de la cama y al salón para ver la televisión. Todo en la casa lo haces tú. Las labores del hogar son tuyas, tu deber. Al menos un hombre heterosexual va a barrer la casa; ellas no: te recuerdan que no pueden lavar los platos, cocinar, limpiar, que no son mujeres. Y son felices viéndote todo el día agachada con la fregona. Es la forma que tienen de sentirse varones.

Yo quiero volver con mi hijo. Tengo miedo de que le insulten llamándole «hijo de una lesbiana». A una amiga su hijo de doce años le dijo que cesara, que dejara de ser lesbiana, porque en el colegio se burlaban de él. Ella respondió que no podía cambiar, porque había nacido así.

Yo quiero ser diferente. Quiero que mi hijo sepa lo que significa una lesbiana antes de que se avergüence de mí. Quiero educarle de manera diferente para que sepa cómo soy. Tengo miedo de que mi familia me lo entregue enfadada, porque aquí la familia lo es todo. No tendré ayuda para nada. ¿Quién me va a apoyar? ¿Quién lo cuidará cuando esté trabajando? ¿Quién me ayudará? Porque ahora tenemos tres hijxs mi pareja y yo: dos ella y uno mío.

Imagínate que se juntan lxs tres. Voy a sufrir. Tendré que hacer de madre para lxs tres, porque ella, mi pareja, dice que es hombre. Y alguna vez ya se juntaron, antes de que mi familia me quitara al mío. Yo estaba el día entero trabajando, sirviéndoles; ella se sentaba a ver la televisión.

Los transexuales ven a los hijxs como un hombre guineano. Yo quiero a mi hijo. Si me lo entregaran, lo sé, no será de forma pacífica. Me van a hacer la vida imposible. Le van a odiar. Tengo miedo de que le odien.

Al menos los hombres heterosexuales son emprendedores. Los transexuales, la mayoría, te mandan a la calle a buscar hombres. Cuando traes el dinero, te pegan; luego se llevan el dinero para comprar zapatillas y ropa de hombre.

Sinceramente, para pagar los gastos, todas vamos con hombres, las que hacen de hombres y las que hacen de mujeres. Sin embargo, hacen la calle de día y de noche las que hacen de mujeres; se dedican a la calle voluntariamente o *mandadas* por los maridos. Y, de noche, lxs transexuales se prostituyen también, disfrazadxs. Al final, somos mujeres guineanas; nos prostituimos para todo. En este país las mujeres nos prostituimos hasta para ser ministras. ¿Por qué las lesbianas tenemos que ser diferentes, si somos mujeres guineanas? Es que me miras como si estuviera mintiendo. Sabes muy bien que no miento.

*Las hombres* lesbianas que cuidan de sus chicas, que colaboran en el hogar, que cocinan, que limpian, en toda Bata llegan a diez de las mil que podemos contar y que son abiertamente homosexuales. Las demás, ¿qué dices?, creen que los hombres guineanos, una mayoría, al no saber hacer el amor —porque meten el pene en la vagina y ya está, dejándote a medias—, les hacen un gran favor. Si preguntas en las calles de Guinea cuántas mujeres llegan al orgasmo, encontrarás que son pocas.

El cuerpo de la mujer le causa asco al hombre guineano. Son pocos los que te hacen una mamada y se preocupan de que llegues al orgasmo. Los demás tienen el pene de adorno y para embarazar. Por eso, las homosexuales han encontrado un mercado causado por la insatisfacción sexual femenina que existe en este país. Dicen que son las mejores.

## Yo no quería ser madre

Yo prefiero no participar en las reuniones de colegas de mi pareja. El tema de conversación es que las mujeres les sirvan. Hacer el amor con nosotras, para ellas, es un trabajo que se merece un salario. Si eres su amante, le tienes que alimentar, darle dinero, regalarle un coche...; en fin, todos estos recursos los traes del hombre que es tu pareja y del que no recibes orgasmos, porque sinceramente los hombres guineanos sienten asco cuando ven una vagina. Un hombre al menos te mantiene económicamente; el que puede, por accidente, te regala un orgasmo. El hombre guineano que no es capaz de mantener a una mujer económicamente no se siente hombre; los demás se burlan de él, le llaman «mantenido». Ellas, en cambio, no mantienen a nadie y encima cobran por sexo; a eso se le llama prostitución. A mí me dan pena. Son tan mujeres como yo y se prostituyen indirectamente. Viven del dinero de una mujer que cobra a cambio de darle placer a un hombre. Este mundo es el que se llama «matrimonio» en Guinea Ecuatorial, lo de casarse a cambio de que un hombre te vaya a mantener, a ti y a tu familia. Yo ya dimití de ese mundo. Es asqueroso.

Y nosotras somos las que sufrimos, las que hacemos de mujeres en el mundo heterosexual y en el homosexual. No somos felices en ningún espacio. Yo quiero volver con mi bebé. Si eso me cuesta la relación, me da igual; tengo veintipico años. Yo quiero ser madre, no así, no a distancia. Trabajaré el doble para llevarle a una guardería; así tendré tiempo para trabajar. Mi sufrimiento debe proceder del exterior, no de mi propia pareja.

Yo quería estar con otra mujer para compartir la vida. Pensé que había dejado de ser esclava, de trabajar todo el día mientras el hombre disfrutaba viéndome sufrir. Es que salgo con otra mujer, me enamoro de ella y me recuerda que es un hombre, no sé. Al final, la figura del hombre me persigue.

Yo tenía que haber nacido hombre para ser feliz. Creo que los hombres son felices. Yo no lo soy. Soy una mujer.